

Reflexión y crítica

Una buena persona

Félix García Moriyón

Cuando pretendemos educar moralmente a las futuras generaciones, parece necesario contar con un modelo previo de lo que entendemos por buena persona que será el que oriente nuestra intervención pedagógica. En una sociedad democrática hace falta un modelo que implique algunas características suficientemente definidas y claras, pero que al mismo tiempo deje la posibilidad de que distintas formas de enfocar la vida moral encuentren cabida y cada persona pueda desarrollar su propia visión de la ética.

Partiendo de una concepción también abierta de la ética y de la personalidad, parece adecuado considerar que una buena persona es aquella que ha logrado un equilibrio creativo en tres dimensiones: las puramente cognitivas, que le permiten razonar bien en los problemas morales; el conjunto de conocimientos pertinentes al ámbito en el que se desenvuelve nuestra actividad moral; y por último, las dimensiones afectivas que configuran una persona dotada de sensibilidad moral y de fuerza personal suficientes como para llegar a ser quienes son.

“Pues no investigamos para saber qué es la virtud, sino para ser buenos, ya que en otro caso sería totalmente inútil.” *Ética a Nicómaco*, II, 2

O. Introducción

Decía ya Aristóteles que estudiamos qué es la virtud no para conocerla, sino para practicarla, es decir, para ser buenos. Cuando nos planteamos el objetivo de una educación moral, parece necesario poseer de antemano al menos una cierta idea de lo que entendemos por una buena persona. En una sociedad pluralista como la nuestra, la noción que tengamos de lo que significa ser una buena persona deberá ser lo suficientemente amplia como para que en ella puedan caber opciones distintas, pero también lo suficientemente precisa como para que pueda realmente orientar nuestra intervención educativa. Lo que sigue es una propuesta sumamente esquematizada que quizá satisfaga ambas exigencias. Si bien el punto de partida es hacer frente a algunas exigencias que plantea la educación ética, la propuesta se ofrece para quienes están interesados en profundizar en lo que implica llegar a ser buenas personas.

Tras una breve exposición de lo que entiendo por ética y de la concepción de persona que estoy manejando, paso a exponer los rasgos que definen a una buena persona. En el marco de esta propuesta, estoy centrándome exclusivamente en las dimensiones personales de la moralidad. Todo esto debe ir acompañado de una propuesta adecuada respecto a los contextos en los que la persona vive y se desarrolla, en especial, dado el caso, en la familia, la escuela y la sociedad. No podremos nunca alcanzar una buena persona si no nos movemos en el marco de una familia, una escuela o una sociedad moralmente buenas, y entender esto puede ayudarnos a afrontar algunos de los problemas y frustraciones que nos agobian a los profesionales de la educación en estos momentos. Cuando las circunstancias que nos rodean son muy duras a lo más que podremos llegar es a portarnos con dignidad y a encontrar un sentido frágil dentro del sinsentido ambiental, y eso sólo si, como propone Victor Frankl, tenemos coraje suficiente para superar la adversidad.

Si bien es también mi intención proponer un modelo lo suficientemente amplio como para que en él se puedan sentir cómodas personas que hayan optado por modelos de moralidad diferentes (epicúreos, utilitaristas, kantianos, dialógicos...), reconozco que puede ser un modelo sesgado y que algunos no se sentirán nada cómodos con él. La pretensión de modelos universales es, normalmente, tan bienintencionada como ingenua; igualmente ingenua, e incluso nociva, es la pretensión de que los modelos teóricos vayan a resolver los problemas de la maldad existente en el mundo y en nosotros mismos. Que ambos, el mundo y nosotros, mejoremos depende bastante de lo que hagamos y poco de lo que digamos. La propuesta debe entenderse, además, como un ideal que debe guiar nuestra acción, pero que en absoluto resulta sencillo alcanzar; la mayor parte de nosotros somos sólo parcialmente buenos y no en todas las ocasiones ni en todos los contextos. Intentamos mejorar –cuando seriamente lo intentamos–, pero no tenemos garantizado el éxito; a veces las circunstancias nos lo ponen realmente difícil, mucho más todavía cuando está en juego la felicidad, ingrediente inseparable de la bondad, y eso puede provocar que en algunas ocasiones no sólo no mejoremos sino que podamos empeorar.

Propongo, por tanto, que una buena persona es aquella que alcanza un equilibrio creativo y activo en sus relaciones consigo misma, con las personas que le rodean y con el mundo en el que habita. Ese equilibrio se basa en un dominio adecuado de tres áreas complementarias: a) razona adecuadamente; b) tiene suficientes conocimientos del mundo que le rodea y de sí misma; c) ha desarrollado un adecuado conjunto de dimensiones afectivas. Intento, en la medida de mis posibilidades, atenerme a un vocabulario que goce de una cierta aceptación en la comunidad profesional que se dedica a estos temas, aunque todavía queda mucho por hacer en este terreno.

1. Cuestión de ética

Ateniéndome a una distinción clásica, entiendo por ética el esfuerzo por fundamentar racionalmente los comportamientos de los seres humanos. Dado que nos caracterizamos por la ausencia de un conjunto de pautas de comportamiento sustancialmente cerradas y determinadas por nuestros genes, los seres humanos –y se trata de un rasgo que nos diferencia cualitativamente de todos los demás seres vivos– nos vemos obligados a decidir cómo debemos actuar en cada momento para alcanzar los fines que nos son propios. Sin duda alguna, muchos son los comportamientos que, también en nosotros, están marcados por nuestros genes, y esa es una aportación muy interesante de la sociobiología en su momento y de la psicología de la evolución y la genética de la conducta más recientemente¹; posiblemente para evitar polémicas excesivas, los expertos suelen hablar de que alrededor de un 50% viene marcado por la herencia genética, lo que nos deja un sólido 50% para actuar, margen en el que, por descontado, tenemos libertad de elección. Sigue quedando, por tanto, un amplio margen para que tomemos decisiones tanto individuales como colectivas acerca de los medios para alcanzar nuestros fines y acerca de los mismos fines que deben ser alcanzados y es esto último posiblemente lo que más nos diferencia de otros seres vivos, pues nuestros fines tampoco los recibimos claramente definidos. La ética es una actividad de segundo orden –como todas las actividades filosóficas– que intenta ayudarnos a ejercer esta tarea en mejores condiciones.

Hablar de ética, por tanto, es hablar de una reflexión sobre un conjunto de acciones teleonómicamente orientadas. Actuamos para alcanzar ciertos fines, entre los que con frecuencia se puede establecer una ordenación jerárquica. Uno de estos fines, el principal que engloba a todos los demás, es la felicidad en el sentido de pleno desarrollo de nuestras posibilidades, que a su vez están profundamente determinadas por la dotación genética que nos ha tocado en suerte y por el ambiente en el que esa dotación va a tener que desarrollarse. Eso nos lleva a recordar que una parte importante de los rasgos que nos permiten ser felices no dependen en absoluto de nosotros; simplificando una vez más a Aristóteles, unas personas nacen con estrella y otras estrelladas. Otra parte sí depende de lo que hagamos, y ahí entra en juego la reflexión ética; es más, no queda nunca claro cuál es el límite de lo que de nosotros depende y muchos esfuerzos de los seres huma-

¹ ROTTSCAHEFER, WILLIAM A.: *The Biology and Psychology of Moral Agency*. Cambridge: Cambridge Univ. Press, 1998. Es una interesante visión integracionista de los hallazgos de la biología y las reflexiones sobre la acción moral.

BARKOW H. JEROME, L. COSMIDES y J. TOOBY: *The Evolutionary Mind. Evolutionary Psychology and the Generation of Culture*. New York: Oxford Univ. Press 1995. Recopilación de trabajos de algunos de los mejores expertos en psicología de la evolución, con varios trabajos sobre cuestiones morales.

nos sólo se pueden entender como intentos de alterar aquello que en principio no dependía de nosotros y que nos impedía alcanzar la felicidad (desde la eugenesia en su sentido más amplio hasta la agricultura y los transgénicos, por poner dos ejemplos muy obvios). Puestas así las cosas, unas orientaciones adecuadas de la ética son aquellas que nos ayudan a alcanzar la felicidad, es decir, aquellas cuyas consecuencias son buenas para nosotros y para el grupo al que pertenecemos, intentando que este grupo abarque siempre al mayor número de personas hasta llegar a toda la humanidad. Nuestras conductas deben ser adaptativas, como bien señalan los autores antes mencionados, y eso no implica ningún sentido acomodaticio ni una reducción funcionalista, aunque posiblemente podamos decir que sólo lo que “funciona” a medio y largo plazo es bueno (y no estoy diciendo que todo lo que funciona es bueno).

No obstante, lo anterior es sólo una parte de la ética. Esta tiene que habérselas también con la presencia del deber en nuestras vidas o lo que podemos llamar la conciencia moral (la *sindéresis* de los medievales o la ley moral en nuestros corazones que tanto apreciaba Kant). El hecho de estar en este mundo ya indica una cierta deuda originaria: algo tan importante para decidir quiénes somos o quiénes podemos llegar a ser como es el lenguaje o nuestro nombre propio, no son elegidos por nosotros, sino que nos son dados. La copresencia originaria de otros seres humanos con los que queremos y necesitamos entablar un diálogo personal nos impone ciertas obligaciones que no podemos eludir; y lo mismo podemos decir del medio ambiente que nos rodean. Aunque se pueda admitir que los seres humanos somos los seres vivos más desarrollados de la Tierra, de ahí no se deriva que podamos hacer con el resto de la naturaleza lo que nos venga en gana. El reconocimiento de la alteridad es una fuente insoslayable de acción moral pues lleva implícito el reconocimiento del valor de lo otro que no puede ser tratado de cualquier modo, y ahí podemos situar la fecunda aportación de Levinas. Como bien encarnaba Gary Cooper en la película *Sólo ante el peligro*, son frecuentes las situaciones en las que nos hubiera gustado estar en otro sitio o poder salir corriendo, pero nuestra propia dignidad nos exige quedarnos y dar la cara.

Normalmente no hay conflictos graves y el sentido del deber no choca con la búsqueda de la felicidad, pero hay otros momentos en los que sí se plantan serios dilemas que dan a la vida moral, a la bondad, un cierto sentido trágico. En ciertas ocasiones ser bueno es difícil y demanda de nosotros un serio y costoso esfuerzo personal. Ahora bien, esa dificultad no debe llevarnos a la actitud adusta de los puritanos, sino más bien a la grandeza de ánimo y el coraje de personas como Sócrates, Jesucristo o Gandhi. Es posible que en algunos casos esta conciencia del deber se transforme en una estéril moral cerrada tal y como la describía Bergson o en un super-ego casador y represor ante el que sólo cabe la sumisión acomodaticia; frente a ese reduccionismo no es de extrañar que se proponga una liberación absoluta de las normas morales, una vuelta a la inocencia genuina del devenir o

una opción por la “perversidad” polimorfa. Sin ir tan lejos, Guyau proponía una moral sin sanción ni obligación, criticando duramente el sesgo rigorista de la moral kantiana; eso sí, la propuesta de Guyau quedaba bastante lejos del eclipse del deber que algunos detectan en la cultura actual. Si no nos dejamos llevar por versiones extremadas, es más asequible descubrir la felicidad que lleva aparejada la aceptación de esas exigencias que nos plantea la conciencia moral; hacer lo que uno debe hacer no supone a medio y largo plazo renunciar a la felicidad sino alcanzarla de un modo más pleno. Oponer en ética la búsqueda de la felicidad al cumplimiento del deber es una actitud teóricamente estéril y prácticamente frustrante; lo mismo podemos decir de la oposición entre comportamientos altruistas y comportamientos egoístas. Uno de los intentos más sugerentes en la actualidad de hallar una síntesis de ambos momentos de la ética es el que plantea Dussel al hablar de lo factible ético².

2. La identidad personal

Si hablo de llegar a ser buenas personas, parece también conveniente aclarar brevemente qué entiendo por persona, aunque en este caso es mejor exponer cómo entiendo la personalidad pues una buena persona es aquella que muestra determinados rasgos que la definen y caracterizan. No es sencillo en absoluto ofrecer una definición o descripción clara y precisa, pero algo conviene hacer³.

Cuando hacemos referencia a la personalidad humana estamos hablando de una realidad sumamente compleja, lo que nos debe alejar de cualquier explicación reduccionista de la misma que destaque en exceso determinados rasgos por encima de los demás. Son muchos los factores que podemos distinguir al analizar la personalidad humana; todos ellos aluden a rasgos que no son simplemente el resultado de nuestra disección analítica sino que aparecen porque indican diferencias realmente existentes en las personas humanas⁴. Ahora bien, todos los rasgos que podemos diferenciar interactúan y en la práctica no son tan fácilmente separables, entre otras cosas porque en gran parte lo que entendemos por personalidad consiste en la

² DUSSEL, ENRIQUE: *Ética de la liberación en la edad de la globalización y de la exclusión*. Madrid: Trotta, UAM-I y UNAM, 1998. Todo el capítulo dedicado a la factibilidad ética y el bien, que luego desemboca en la afirmación del principio de liberación.

³ Lo que sigue es una síntesis muy apretada de algo que ya he expuesto anteriormente. GARCÍA MORIYÓN, F.: “Personal Identity: Story and Interpretation” en REED, R. & A.M. SHARP: *Studies in Philosophy for Children*. Pixie.. Madrid: De la Torre, 1996. Págs. 209-220

⁴ Para comprender mejor lo que supone una teoría de rasgos, se puede acudir a COLLOM MARAÑÓN, R.: *Psicología de las diferencias individuales. Teoría y práctica*. Madrid: Pirámide, 1998. En los últimos años he tenido la oportunidad de trabajar con Roberto Colom y de él he aprendido muchas cosas sobre este tema que he tenido seriamente en cuenta para escribir esta parte.

específica combinación y juego que llevamos a cabo con todo los rasgos que nos definen. Por otra parte, algunos de esos rasgos parecen más estables (aunque la estabilidad en sí misma puede ser uno de ellos) en el sentido de que aparecen con más solidez en diferentes etapas de nuestra vida y en las diferentes situaciones en las que nos movemos; otros rasgos dependen más del ambiente y de las influencias que vamos recibiendo del exterior. Los rasgos, además, hacen referencia a una cierta estabilidad del comportamiento humano; no somos extrovertidos porque un día o en un contexto muy específico hayamos mostrado un comportamiento muy abierto hacia los que nos rodean, sino porque habitualmente y en contextos diferentes mostramos tendencia a comportarnos de ese modo. Del mismo modo, la bondad no se alcanza en un acto heroico sino sólo cuando los actos aislados se convierten en hábitos y en actitudes. Por último, como quedará claro en el resto del trabajo, no todos los rasgos tienen la misma importancia para definir la dimensión moral de la personalidad.

La personalidad no es algo dado en un principio al ser humano, sino más bien algo que se va construyendo a lo largo de toda una vida. Como bien dice Ricoeur⁵, la identidad personal es una identidad narrativa que vamos adquiriendo precisamente porque a partir de un *idem*, esto es, de unos rasgos que nos vienen dados por circunstancias que no dependen de nosotros, vamos construyendo un *ipsum* una mismidad que nos define como esa persona única e irrepetible que cada uno de nosotros somos. Ese *idem* está formado, en primer lugar, por nuestro código genético, algo tan decisivo como totalmente distinto a cualquier otro desde el mismo momento de la fecundación del óvulo. Importancia equivalente tiene el ambiente en el que nacemos y crecemos; el impacto de ese ambiente en nuestra personalidad es concluyente e irreversible en los primeros años, como lo muestra el desarrollo de las conexiones neuronales en los primeros meses o la adquisición del lenguaje. No obstante, centrarnos en exceso en los primeros años, en los que corresponden a la etapa de maduración biológica, puede provocar una cierta distorsión en la comprensión de la personalidad y de su desarrollo. A lo largo de todo el ciclo vital y no sólo en los primeros años vamos teniendo que hacer frente a situaciones que van a tener un impacto muy notable en nosotros y en algunos casos pueden producir modificaciones importantes –incluso radicales– en nuestra propia personalidad.

Aceptar esta visión narrativa de la personalidad tiene ciertas implicaciones interesantes para el tema que nos ocupa. La primera de ellas es el hecho de que debemos concebir nuestra vida como una obra de arte; podemos tener un cierto esbozo inicial de quiénes somos o de hacia dónde queremos ir en nuestra existencia, pero, como en toda obra de arte, debemos estar siempre abiertos a la improvisación innovadora, pues gran parte

⁵ RICOEUR, PAUL: "L'identité narrative" en *Esprit*, n.º. 140-141 (Paris, 1988) págs. 295-304

de la creatividad radica en la capacidad de estar muy atento a lo que cada momento exige, procurando que exista una cierta continuidad y coherencia entre los diferentes momentos para que el conjunto de la obra de arte —en este caso nuestra propia biografía— tenga una unidad de sentido. Una segunda conclusión viene dada por el hecho elemental de que una narración sólo tiene sentido cuando se ha consumado; es cierto que en cada momento de nuestra existencia lo que somos viene determinado por lo que hasta ese momento hemos sido, entrando las expectativas de futuro en nuestra personalidad sólo en la medida en que han ido orientando lo ya realizado. Sin embargo, mientras no llegemos al final, sigue abierto un futuro lleno de posibilidades, sigue siendo verosímil un cambio radical en nuestro modo de ser y actuar, algo de suma importancia en la vida moral de las personas. Esto nos permite recordar la importancia que tiene la esperanza (como virtud o como principio) en la vida moral y en qué medida cuando la perdemos, cuando caemos en la desesperación y consideramos que no hay remedio para nuestra situación, entramos en un proceso más o menos rápido de autodestrucción. Como es obvio, y esto también es relevante en la dimensión moral de la persona, el sentido de una narración no sólo depende del autor de la misma, ni siquiera en el caso de que el autor sea su propia narración; escrito y publicado el texto autobiográfico, son nuestros lectores los que realizan una interpretación y una evaluación de nuestra identidad personal.

El enfoque narrativo de la identidad está lejos de aquellos planteamientos que conceden excesiva importancia al desarrollo. Este, como ya he mencionado, puede tener especial importancia en los primeros años en tanto en cuanto en él están implicados todos los procesos madurativos, y de ahí el enorme interés que tienen aportaciones como las de Kohlberg, pero resulta más bien pobre cuando intentamos abordar todo un ciclo vital. Más que hablar de etapas que se suceden de forma secuencial e irreversible, avanzando todas ellas hacia una mayor perfección, es mejor retomar la idea piagetiana de la homeostasis y el concepto de “crisis de identidad” de Erikson. Ya desde los primeros momentos de la existencia, un ser humano está relacionándose con el mundo que le rodea y eso le provoca un desequilibrio que debe ser superado mediante procesos de adaptación asimilación y acomodación, por seguir la terminología de Piaget, o dicho de otro modo, el organismo posee desde un primer momento unos mecanismos de selección, provocación y manipulación de las situaciones, es decir, está embarcado en un proceso interactivo con su ambiente en el cual va adquiriendo su específica y diferenciada identidad personal. Desde el punto de vista moral, el niño sabe distinguir perfectamente entre el contexto en el que se relaciona con los adultos, normalmente sus padres, y el contexto en el que se relaciona con iguales, normalmente en la guardería y en menor medida los hermanos. En cada contexto procura estar atento a las normas de comportamiento y ajustar su comportamiento de acuerdo con esas normas, distinguiendo por otra parte entre las que serían más convencionales y las

que sería más “morales”⁶. Esto no ocurre sólo en etapas muy concretas del ciclo vital, sino durante todo el ciclo; al producirse cambios importantes se producen, como dice Erikson, crisis de identidad que demandan del sujeto una reestructuración de su manera de ser, de su personalidad. No siempre esas crisis se resuelven favorablemente: los fracasos y retrocesos pueden darse, igual que el crecimiento personal en la búsqueda de sentido. Escribir la propia biografía personal es un delicado ejercicio de equilibrio para conseguir que, sin perder la identidad personal, vayamos siendo capaces de realizarnos tanto sincrónica como diacrónicamente a las diversas situaciones a las que tenemos que hacer frente, y todo ello guiado por una permanente búsqueda de sentido.

Puestas así las cosas, parece llegado el momento de abordar los rasgos que definen a una buena persona. Tres son las dimensiones o áreas que me parecen especialmente significativas. Planteo las tres no exactamente como condiciones de posibilidad de la acción moral, sino más bien como rasgos que definen a una buena persona; es decir, quien en su vida cotidiana, de forma estable y regular, pone en práctica esas dimensiones, es una buena persona. Ahora bien, lo importante no es tanto el nivel de competencia que se alcanza en cada una de ellas, sino más bien el equilibrio que se consigue entre las tres. Siguiendo una analogía muchas veces utilizada por filósofos modernos, que Lipman recoge en su obra sobre ética⁷, lo importante no es una cadena de fuertes eslabones, pues luego la cadena será tan débil como el más débil de los eslabones, sin importar mucho la fuerza de los demás. Lo importante es ser un buen cable, es decir, realizar un fuerte trenzado con los finos hilos que constituyen el cable para conseguir así algo mucho más sólido y estable que cualquiera de sus elementos constitutivos.

3. Es capaz de razonar

Para poder ejercer como personas morales –primer paso para llegar a ser buenas personas–, es necesario haber alcanzado un grado adecuado de desarrollo de nuestras destrezas cognitivas y de la capacidad general de razonamiento. Una manera directa de expresar esta idea es exponerla de forma negativa. A medida que va disminuyendo la capacidad cognitiva de una persona va disminuyendo también su capacidad de actuar moralmente. Llegados a un determinado punto, la sociedad en general deja de considerar a esas personas como sujetos morales. El tratamiento que recibirán será muy distinto al que damos a personas que pueden ejercer su capaci-

⁶ Ayuda a tener un enfoque novedoso sobre estas capacidades de los niños y sobre la importancia de los grupos en el proceso de socialización la obra estimulante de HARRIS, JUDITH: *El mito de la educación*.

⁷ LIPMAN, MATTHEW Y A.M. SHARP: *Investigación ética*. Madrid: De la torre, 1988, pág. 470

dad de razonamiento para resolver los problemas que se les plantean. Desde luego nunca las llamaremos ni buenas ni malas personas, y eso nada tiene que ver con que no deban ser tratadas con todo el respeto que merecen como cualquier otro ser humano. Es más, será bastante probable que tengamos que hacernos cargo de ellos de forma casi permanente dado que sus carencias cognitivas pueden llevarles a cometer errores garrafales, sumamente nocivos para ellas o para otras personas. Hay un antiguo refrán español que puede aplicarse a lo que estoy diciendo: “De buenas intenciones está empedrado el camino del infierno”. Las intenciones pueden ser muy buenas, como también pueden serlo los afectos, pero eso no garantiza ni mucho menos que actuemos como corresponde a una buena persona.

Puedo admitir que razonar bien resulta un concepto quizás algo amplio y de difícil definición, pero es, sin duda, muy claro y discriminatorio. Por razonar bien entiendo en principio poseer las destrezas propias de un pensamiento crítico y creativo o pensamiento de alto nivel, es decir, un pensamiento que se rige por criterios, que tiene en cuenta el contexto y que está orientado a la formación de buenos juicios, ya sean para guiar nuestra acción o con intenciones puramente especulativas. Siguiendo en cierto sentido la hermosa descripción que Platón nos ofrece en el mito del auriga, lo que importa en este caso es un conocimiento capaz de orientar nuestra acción en el mundo, es decir, lo que nos hace falta es poseer la necesaria prudencia, término que recoge igualmente Aristóteles y que se mantiene en la tradición filosófica occidental hasta nuestros días. En definitiva, los seres humanos, como todos los seres vivos, tenemos que tomar constantemente decisiones para alcanzar los fines que nos son propios y eso exige deliberación si no queremos que nuestras decisiones sean tan erróneas que terminen provocando nuestra propia extinción. No se trata exclusivamente, como decía Kant, de una capacidad de seleccionar los medios adecuados para alcanzar determinados fines; eso es importante pero insuficiente, pues la prudencia es también una deliberación sobre los mismos fines, su ordenamiento o jerarquización, y sobre las situaciones en las que estamos, la capacidad de detectar los aspectos relevantes y pertinentes de las mismas, así como saber en qué medida y cómo los principios que damos por válidos moralmente se aplican a la situación específica en la que nos encontramos. Es habitual en la tradición filosófica distinguir entre razón práctica y teórica, siendo la primera la que directamente guarda relación con la acción moral, pero para mí planteamiento no es una distinción muy fecunda, pues reivindicó más bien la necesidad de ejercer en general el razonamiento de alto nivel que incluye ambas dimensiones.

En los tratados de psicología al uso se suelen mencionar diversas dimensiones específicas que configuran nuestra capacidad de razonamiento; el acuerdo sobre la definición de las mismas, e incluso sobre su existencia como dimensiones netamente diferenciadas, no es completo, por lo que he seguido como guía de referencia tanto en esto como en la exposición de las

dimensiones afectiva la obra de Royce y Powell⁸. Todas ellas son, sin duda, importantes, pero quizá sea bueno centrarse en aquellas que probablemente sean más relevantes desde el punto de vista ético; en todo caso no se trata de ninguna enumeración exhaustiva ni tampoco pretendo ofrecer una exposición jerárquica y sistemática de las mismas, pues eso exigiría un tratamiento que desborda los límites de un breve artículo. Una de las que hay que tener en cuenta es el razonamiento deductivo e inductivo, pues son los que permiten deducir las consecuencias que se derivan de unas principios que consideramos aceptables e inducir principios generales a partir de las experiencias concretas que vamos teniendo. Unido a esto último estaría el factor de *razonamiento* (que podemos también denominar inteligencia fluida), entendido como a la capacidad de generar conceptos abstractos extrayendo información sobre sus relaciones y expresándola en proposiciones. Ambos factores tiene bastante importancia en dos de las destrezas morales básicas: la capacidad de prever las consecuencias de nuestros actos y la selección de los medios que nos permitan alcanzar los fines propuestos.

La *fluidéz* supone una serie de capacidades de producción divergente, es decir, un procesamiento creativo para expresar relaciones contextuales entre perceptos, contextos y sentimientos. Aquí se incluye la capacidad de producir ideas rápidamente sobre un objeto o condición (*fluidéz de ideas*), la capacidad de encontrar rápidamente una expresión adecuada dados unos requisitos estructurales (*fluidéz expresiva*). Además de estas podemos encontrar la *redefinición semántica* (imaginar diferentes funciones para determinados objetos o algunas de sus partes para usarlos después de un modo novedoso), y la *sensibilidad a los problemas* (habilidad para imaginar problemas asociados con un cambio en algún objeto). Como es obvio, la fluidéz está claramente relacionada con otro de los factores cognitivos que tienen enorme importancia en la vida moral de las personas, me refiero a la originalidad o pensamiento divergente. El contexto en el que se desarrolla la acción de los seres humanos suele ser complejo y abierto, lo que exige, para poder alcanzar las metas que nos proponemos, que seamos capaces de mostrar, además de la fluidéz antes mencionada en sus diversos aspectos, una capacidad de introducir conceptualizaciones novedosas e inusuales, redefiniendo a veces completamente los materiales de que disponemos, sus

⁸ ROYCE, J. Y A. POWELL (1983): *Theory of Personality and Individual Differences: Facts, Systems, and Processes*. Englewood Cliffs: Prentice Hall. Por otra parte, ese planteamiento es el que hemos tenido en cuenta en un ambicioso trabajo de investigación realizada por un equipo de trabajo; en ese proyecto presentamos las dimensiones que se pretenden desarrollar con el programa Filosofía para Niños. Ya hemos publicado una versión reducida del mismo (GARCÍA MORIYÓN, F.; R. COLOM MARAÑÓN; S. LORA CERDÁ; M. RIVAS VIDAL; V. TRAVER CENTAÑO *Una guía para la evaluación*. Brasilia: 1999). Pronto aparecerá en De la Torre un libro en el que explicamos con más detalle todo nuestro planteamiento.

usos funciones y aplicaciones. Todo esto, fluidez y originalidad, desempeña un papel relevante en actividades morales fundamentales: resolución de problemas y dilemas y toma de decisiones, así como en la consideración de la máxima kantiana de la universalización (que pasaría si todo el mundo...).

La dimensión cognitiva del comportamiento moral de una buena persona incluye, además, el poseer un adecuado arrollo de lo que, siguiendo la teoría que he aceptado como orientación en esta exposición, podemos llamar estilos cognitivo. Es necesario, por ejemplo, poseer una determinada *complejidad cognitiva*, dado que las personas complejas hacen más distinciones y éstas son más complejas; aplican y relacionan la nueva información con el conocimiento previo, diferencian e integran los constructos personales con respecto al ambiente y mantienen la consistencia y la coherencia. Es igualmente importante la *amplitud categorial* en la medida en que esta nos permite valorar similitudes y analogías y nos hace elaborar discriminaciones más sutiles en el uso de los conceptos. En la misma línea estarían la capacidad de diferenciación conceptual (entendida como capacidad de discriminar conceptos, realizando distinciones más precisas y relevantes en los problemas que abordamos) y la *integración conceptual*, que implica la capacidad de relacionar conceptos e integrarlos en un conjunto coherente, y eso lo hace con la necesaria amplitud de miras que le permite incluir en sus reflexiones ideas procedentes de diferentes fuentes. Termino esta apretada enumeración mencionando los valores cognitivos que seleccionan el contenido de la información; constituyen la base de los “estilos de vida” del individuo y tiene como meta decidir qué hay que conocer del mundo. Los intereses pueden ser estimulados mediante una variedad de situaciones externa, pero una vez estimulados dirigen la cognición hacia el procesamiento de actividades consistentes con las metas del individuo. Esto significa que una buena persona mantiene siempre un claro interés por ampliar su campo de conocimiento, dirigido de forma especial al conocimiento de su propia persona, así como del contexto social y político en el que vive.

Esta larga y apretada enumeración no debe provocar en nosotros ninguna sensación de desmesura, como si la tarea de llegar a ser buena persona se convirtiera en algo inasequible. Insisto en el planteamiento inicial: se trata de que es necesario alcanzar un determinado nivel de crecimiento en el área cognitiva sin el cual carece completamente de sentido hablar incluso de una persona moral. La aparente prolijidad procede del análisis detallado de los factores o dimensiones que podemos distinguir en ese amplio dominio de la cognición humana. En todo caso, el problema no viene de esta proliferación de dimensiones, sino del hecho de que no resulta tan sencillo que esto se dé en la vida cotidiana. Por una parte, dadas las condiciones habituales de existencia, los seres humanos, cuando tenemos que resolver problemas o tomar decisiones, no solemos seguir con atención y rigor los pasos precisos de un buen razonamiento (formal o informal). Con mucha frecuencia, casi de forma habitual, recurrimos a heurísticos que pretenden simplificar los procesos de argumentación; dichos heurísticos suelen aplicar-

se sesgados por determinadas distorsiones, como son las que denominamos heurísticos de anclaje, de disponibilidad o de representatividad. Saltamos, por tanto, con demasiada rapidez a conclusiones y esta forma de actuar tiene a veces (como muestran las discriminaciones basadas en prejuicios) consecuencias muy negativas desde el punto de vista moral. El amplio campo de las distorsiones cognitivas nos muestra del mismo modo la pluralidad de posibilidades que tenemos para llevar a cabo razonamientos muy poco fiables que plantean serias dificultades al objetivo de llegar a ser buenas personas. En cierto sentido, esas distorsiones nos muestran que nuestra actuación suele estar determinada por factores diversos, no todos cognitivos, y con cierta frecuencia esos factores no colaboran de manera adecuada sino que se enfrentan y entran en conflicto.

En sus agudas observaciones sobre el modelo de Kohlberg, Bandura⁹ llama la atención sobre un hecho que, con otras palabras, ya había sido recogido por filósofos como Nietzsche. En cierto sentido, el razonamiento no precede a la toma de decisiones, sino que más bien, como la lechuga hegeliana, se despierta al anochecer, es decir, cuando la decisión ya está tomada. Primero, por motivos no muy explicables o no públicamente admisibles, tomamos una decisión; posteriormente ponemos nuestra sofisticada capacidad cognitiva al servicio de la justificación de dicha decisión. En parte esto se hace para evitar lo que llamamos disonancias cognitivas; en parte también, y esto es lo que me interesa en este contexto, se hace para acallar la percepción de que lo que hicimos no era moralmente presentable. Vamos presentando argumentos y justificaciones hasta conseguir que nosotros mismos nos creamos que en esa acción concreta no hemos transgredido ninguno de los principios morales que nosotros mismos decimos aceptar. En los manuales de confesores de la contrarreforma, los expertos en el tema solían distinguir entre la conciencia recta y otros tipos de conciencia, como la laxa, que nublaban parcialmente la posibilidad de una aportación constructiva de la razón a la consolidación de una conducta moralmente buena. Por un poner un sencillo ejemplo de la vida cotidiana, pensemos en las sutiles formas de argumentar que un pequeño robo en unos grandes almacenes no es un acto inmoral o que copiar en una prueba de selectividad tampoco supone ninguna acción deshonestas. Esta capacidad es la que nos ayuda a entender por qué hay ocasiones en las que un elevado grado de dominio de las destrezas cognitivas no va seguido de un elevado crecimiento moral. Y no dejaré de repetir que razonar bien es condición necesaria, pero nunca suficiente para ser una buena persona; apelando una vez más a la sabiduría popular, se puede ser muy listo, más listo que el hambre, pero al mismo

⁹ BANDURA, ALBERT: "Social Cognitive Theory of Moral Action" en KURTINES, WILLIAM & J. GEWIRTZ: *Handbook of Moral Behavior and Development*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Assoc. Publ., 1991

tiempo ser muy malo, en cuyo caso ser listo nos daría la posibilidad de ser muy malos.

4. Posee información sobre el tema

La vida moral de una persona tiene que ver con acciones que esta se ve obligada a realizar, acciones que tiene que ver consigo mismo, con las personas que le rodean o con el medio ambiente en general. Pues bien, una buena persona es aquella que posee la información suficiente para poder actuar de forma adecuada en el ámbito en el que tiene que actuar. En las leyes —e indiscutiblemente el Derecho guarda una estrecha relación con la ética, al menos en la dimensión social de esta última— se suele decir que la ignorancia de la ley no exime de su cumplimiento. Ejemplos sencillos, y algo extremos, los podemos obtener de las leyes de tráfico o de las leyes tributarias. Ningún juez admitirá, en principio, que alguien alegue desconocimiento para justificar sus actos, a no ser que, en efecto, pueda probar que era una ignorancia invencible, algo de lo que ya hablaban los tratadistas de la moral casuística en sus mejores tiempos.

Esta exigencia viene determinada en gran parte por ese sentido de la ética como búsqueda de la felicidad, o pleno desarrollo de nuestras posibilidades personales. Esa dimensión adaptativa nos demanda un adecuado conocimiento del medio en el que nos encontramos y de nosotros mismos. El desconocimiento de ambos puede acarrear consecuencias muy negativas, algunas de ellas claramente destructivas. Una parte de los actuales problemas ecológicos que nos amenazan gravemente ha sido provocada por una ignorancia grande de las consecuencias que podrían tener determinados productos liberados por nuestros modelos de vida, como sería el caso de los clorofluorocarbonados y su incidencia en la atmósfera. Siguiendo con este ejemplo, es importante matizar si ese desconocimiento estaba moralmente justificado, en el sentido de que se tomaron todas las medidas adecuadas pero al final surgieron efectos que humanamente no se podían prever. Eso sí, una vez que se posee la información sobre el tema y se conocen las consecuencias altamente nocivas que esos productos tienen sobre la capa de ozono, una buena persona debe actuar en consecuencia, y las dilaciones en la toma de medidas adecuadas sólo podrían aceptarse en la medida en que concurrieran exigencias contradictorias, lo que nos remite al apartado anterior, es decir, a la reflexión sobre fines, medios y resolución de dilemas morales. Del mismo modo tiene una importancia capital en el proceso de llegar a ser buena persona la práctica constante de la introspección que nos ayuda a ir adquiriendo un mejor conocimiento de nosotros mismos, saber cuáles son nuestras limitaciones y nuestros puntos fuertes.

Tenemos, por tanto, la necesidad de estar informados y es por eso por lo que, cuando tenemos que tomar decisiones en ámbitos sobre los que poseemos muy escasos datos o ninguno, necesitamos recabar antes la informa-

ción pertinente de las personas que la poseen. Acudo a un médico para saber cómo debo tratar mi propio cuerpo que muestra signos de deterioro o de funcionamiento inadecuado; puedo también consultar a un asesor matrimonial si percibo que hay algunos problemas en mi vida familiar que me desbordan; o simplemente leo un libro sobre habilidades sociales porque las relaciones con mis amigos habituales o con los compañeros en mi lugar de trabajo se están deteriorando y poblando de conflictos. Recurrir a los expertos es, sin embargo, un arma de doble filo pues puede provocar una cierta dependencia –aprovechada e incluso fomentada interesadamente por los propios expertos– que estaría reñida con el objetivo de ser una buena persona. Ya decía Kant que había que romper con la minoría de edad y nos exhortaba a atrevernos a saber para tomar así las riendas de nuestra propia vida. Dicho de otro modo, en nuestra vida cotidiana, en las situaciones en las que habitualmente nos movemos, nuestra obligación de estar informados no se puede delegar en “expertos” ajenos.

Como se puede fácilmente deducir, en este campo la tarea resulta inmensa: nunca acabamos el proceso de conocimiento del mundo que nos rodea y de nosotros mismos y, además, la realidad está en constante proceso de cambio, lo que puede provocar que el conocimiento que ya poseíamos quede obsoleto. Son muchos los ámbitos en los que tenemos que tomar decisiones porque ejercemos diversos papeles sociales y cada ámbito plantea unas demandas de información diferentes; algunos de ellos plantean situaciones complejas en las que hay que tener muchas cosas en cuenta para poder tomar buenas decisiones. Afortunadamente la naturaleza parece habernos dotados con una curiosidad desmesurada, que se mantiene casi durante toda la vida, rasgo que nos diferencia claramente de todos los animales. Es un deseo de conocer que desborda las propias exigencias de acción y se convierte en pura curiosidad teórica o contemplativa. Del mismo modo estamos dotados de una elevada capacidad de observación e imitación de las pautas de comportamiento de los otros seres humanos con los que compartimos nuestra actividad, lo que favorece que seamos capaces de asimilar los conocimientos exigidos para actuar en cada contexto según las reglas que rigen en ese contexto y distinguiendo los aspectos del mismo que son relevantes y pertinentes. Esto, no obstante, no quita el hecho de que se trata de un esfuerzo considerable, que nos acompaña toda la vida y que nunca podemos dar por concluido. Es quizá aquí donde aflora la relación, que ya mantenían los clásicos y que goza también de seria atención en estos momentos, entre bondad y sabiduría, siendo el ideal del sabio un ideal moral; no sólo se trata de una forma de entender la sabiduría como plenitud existencial (algo sobre lo que volveré más adelante), sino de recordar el papel que el conocimiento tienen en la consecución de los objetivos últimos que orientan nuestra vida. Termino con una advertencia similar a la que incluía al final del apartado anterior: no estoy diciendo que para ser bueno haya que parecerse a una enciclopedia llena de información; los ratones de biblioteca o los eruditos encerrados en sus torres de marfil no son

personas especialmente buenas, aunque puedan serlo. Saber, estar bien informado, es condición necesaria pero no suficiente para llegar a ser buenas personas.

5. Ha desarrollado las necesarias disposiciones afectivas

Aceptando, en principio, una distinción clásica, podemos abordar en estos momentos el otro gran ámbito de la personalidad humana, el que hace referencia a la vida afectiva, a las motivaciones, emociones y sentimientos. Es un ámbito claramente diferenciable del anterior, el más estrictamente cognitivo, si bien está íntimamente vinculado con él, algo que ya quedaba claro al final del anterior apartado al hablar del deseo de saber, del interés por ampliar nuestro campo de conocimiento; de esa unión ya daba cumplida cuenta Aristóteles y ha sido retomada con mayor énfasis en la actualidad al hablar de inteligencia emocional, si bien a lo largo de la historia de la ética, las relaciones entre razón y pasión no siempre han sido muy fluidas. Desde la perspectiva que estoy defendiendo aquí, una buena persona se caracteriza igualmente por tener unas adecuadas actitudes en el ámbito afectivo, por haber desarrollado un conjunto de sentimientos que le permiten una actuación enriquecedora consigo misma, con las demás personas y con el medio ambiente que le rodea. Puesto en forma negativa, aquellas personas que por diversas razones carecen de unos sentimientos básicos, no pueden ser consideradas de forma estricta personas morales, y ese es el caso, por ejemplo, de los psicópatas. Estos, según los describen los especialistas, son personas locuaces y superficiales, egocéntricos y grandiosos, carecen de sentimientos de remordimiento y de culpabilidad, no poseen ninguna empatía, son embusteros y manipuladores y poseen unas emociones muy superficiales¹⁰. Algunos de esos rasgos están presentes en muchas personas en mayor o menor medida, pero en los psicópatas aparecen como un conjunto de rasgos relacionados que se convierten en un síndrome más o menos grave. Incluso en los casos más graves, las leyes suelen considerarlos personas responsables en la medida en que son muy conscientes de las normas morales y legales vigentes, pero desde la perspectiva moral es muy dudoso que podamos considerarlos personas moralmente buenas: más aún, podemos considerar que están fuera del ámbito de la moralidad, del mismo modo que lo están las personas con graves carencias cognitivas.

Por lo que se refiere a los rasgos afectivos que son significativos en el ámbito de la moral, voy a aceptar el mismo marco teórico que he empleado para los rasgos cognitivos. Eso sí, en este caso debemos ser más cautos pues algunos de esos rasgos no tienen un claro entido positivo o negativo, aunque sean bipolares; desde el punto de vista moral no parece relevante el que una persona sea más extrovertida o menos, o que tenga un control más

¹⁰ HARE, ROBERT D.: *Without Conscience. The Disturbing World of the Psychopaths Among Us*. New York: Pocket Books, 1993

rígido o más flexible, si bien, como ya planteaban los clásicos, escorarse hacia uno de los extremos puede tener consecuencias negativas. Al mismo tiempo, alguno de esos rasgos, como el último mencionado, el autocontrol, dependen de un contexto, algo que nada tiene que ver con que sean relativos. Dependiendo de la situación en la que nos encontremos, podremos necesitar un mayor nivel de control de nosotros mismos en la medida en que hacemos frente a factores externos que pueden ser muy desestabilizadores, o nos resultará necesario mostrar una mayor flexibilidad para poder hacer frente a situaciones que se presentan como contradictorias (y podemos recordar aquí el famoso dilema de Heinz propuesto por Kohlberg). Eso sí, la bipolaridad de dichos rasgos nos recuerda siempre al planteamiento aristotélico del termino medio, y no falta algo de razón a esa tendencia; sin duda que pueden ser rasgos bipolares sin especial sentido positivo o negativo desde el punto de vista moral, pero parece que, con cierta frecuencia tendemos a considerar que ese punto medio, ese equilibrio entre extremos, es mejor que el decantarse claramente por uno de los polos.

Otros rasgos son, sin embargo, más relevantes pues de ellos dependen nuestra conducta general, los niveles de activación y lo que llamamos habilidades sociales. Posiblemente el rasgo más importante, el que engarza radicalmente con el concepto clásico de virtud (fuerza o poder) es el de la *fuerza del yo*, es decir el que indica la capacidad de gestionar las dificultades emocionales, lo que permite alcanzar una estabilidad emocional, una madurez, desde la que nos afirmamos a nosotros mismos y hacemos frente de forma asertiva a la realidad que nos rodea. En términos más filosóficos, posiblemente sea algo próximo a lo que Nietzsche llamaba voluntad de poder y Spinoza, 'conatus', y en las virtudes clásicas aparecía con el nombre de fortaleza. El lenguaje popular da cuenta de la importancia de esta fuerza cuando se hace cargo de las nefastas consecuencias personales de estar desmoralizado¹¹. Esta fuerza del yo no va aislada, sino que debe ir acompañada necesariamente por un adecuado conocimiento de sí mismo, que nos permite tener un concepto fiable de quiénes somos y cuáles son nuestras posibilidades lo que hace posible algo aún más importante, un equilibrio *sentimiento de nosotros mismos*. Esto, a su vez, nos lleva a desarrollar la capacidad de tomar decisiones por uno mismo, sin estar esperando casi en todas las ocasiones a las indicaciones de otras personas que determinan cuál debe ser nuestra conducta; es decir, una buena persona tiene que ser *autosuficiente*. Apoyado en esas características, o mejor dicho, como continuación de las mismas, la buena persona muestra una sólida *motivación de logro* que le impulsa a acometer tareas complejas y a proponerse el cumplimiento de aquellas metas que ha considerado valiosas en su vida. Si repasa-

¹¹ He tratado este tema en GARCÍA MORIYÓN, F.: "Fuerza y moral" en *Aprender a pensar*, nº 17-18. Madrid, 1998. Págs. 47-55. En su obra clásica sobre la Ética, Aranguren daba importancia a esta dimensión y de él tomé en su momento muchas ideas al respecto.

mos esos rasgos que acabo de mencionar, podremos comprobar que sobre ello se basa la autoestima, un concepto posiblemente derivado, pero que suele estar incluido entre las características básicas de la dimensión moral de las personas.

El párrafo anterior recogía aquellos factores que, en el dominio de la afectividad, se relacionan más bien con uno mismo; la ética aborda además las relaciones que tenemos con los demás, lo que nos lleva a destacar otros rasgos que deben estar presentes en una buena persona¹². i recordamos ahora la sugerente aportación de Hume al respecto, aparece en primer plano ese sentimiento de benevolencia que nos lleva a mantener una actitud abierta y positiva frente al resto de los seres humanos con los que nos sentimos especialmente vinculados. Empezando quizá por el final, un valor básico para lo seres humanos es la necesidad de estar con amigos, de mantener relaciones con las demás personas, necesidad que a duras penas se cubre con otras relaciones; la *afiliación* está, por tanto, en la base de nuestras relaciones sociales, y el caso extremo del ermitaño no deja de ser eso, un caso extremo que, por otra parte, tampoco contradice lo que aquí planteo. Esto, claro está, exige una sensibilidad ante diversas formas de experiencia y un gusto por experiencias nuevas y diferentes, así como la disponibilidad para adaptarse a los cambios del ambiente. Esto me lleva a continuación a subrayar la *tolerancia frente a lo no convencional*, entendida en su sentido más genuino que no es el de soportar lo que no coincide con nuestra visión del mundo o nuestros gustos, sino que consiste en una aceptación de las experiencias nuevas, de los otros puntos de vista, como algo que me enriquece personalmente. A continuación es oportuno mencionar ya al último rasgo que debemos incluir como definitorio de la bondad de una persona, la empatía. Esta supone, en primer lugar, *afectotimia*, esto es, estar volcados hacia fuera, con una actitud dispuesta, cálida y participativa. Demanda, a continuación, un consistente nivel de *cooperación* y de *confianza*, pues estos indican que aceptamos las condiciones sociales en las que vivimos (lo que no significa que renunciemos a modificarlas en la medida en que no son condiciones moralmente aceptables), que nos centramos en los demás, con los que buscamos la colaboración, y que confiamos en ellos, siendo esto último un rasgo decisivo para alcanzar una conducta personal basada en la libertad.

¹² En estos momentos ha vuelto al primer plano todo el dominio afectivo. Sin duda, Goleman, con su obra sobre la inteligencia emocional, ha supuesto un revulsivo importante. He intentado ofrecer una síntesis de este tema en GARCÍA MORIYÓN, F.: "Inteligencia emocional y educación moral" publicado en <http://www.indexnet.santillana.es/scripts/indexnet/primaria/> Próximamente aparecerá también en *Aprender a Pensar*

6. Consideraciones finales

Se trata, por tanto, de ofrecer un modelo globalizador de lo que podemos entender por una buena persona, evitando una visión reduccionista de la misma que tiende a privilegiar uno u otro aspecto. La exposición fragmenta esa globalidad sólo por necesidades de análisis, pero en ningún caso pretende separar lo que en la realidad está unido, sobre todo en el sentido de que todas esas dimensiones inciden en nuestra conducta cotidiana. Se trata igualmente de ofrecer un modelo que pueda dar cuenta de la diversidad moral, al insistir en las diferencias de grado que pueden darse en el dominio de todas y cada una de las destrezas mencionadas. Dado que el nivel moral de una persona sería el resultado de la combinación de las tres dimensiones, se pueden imaginar combinaciones muy diversas. Esto es especialmente importante: la posesión de una sola de esas dimensiones no permite que alguien llegue a ser considerado buena persona. Es posible que cierta sabiduría popular atribuya más importancia a la tercera dimensión, la afectiva, que a las otras dos, pero eso no deja de ser una visión sesgada y reduccionista de la moralidad humana.

Igualmente permite una mejor comprensión del desarrollo moral que, por otra parte, no se agotaría con la adolescencia sino que incluiría posibles desarrollos en la vida adulta, así como retrocesos más o menos duraderos. Como el ser una persona moralmente educada está relacionado substancialmente con el equilibrio entre las tres dimensiones, se puede entender perfectamente que me alejo de modelos de desarrollo madurativo que implican una distinción clara entre niños y adultos. Ya en los niños pequeños podemos encontrar diferencias claras entre aquellos que muestran un comportamiento propio de una buena persona y quienes se alejan de dicho modelo; los niños, como los adultos, tienen ante sí la tarea de llevar adelante pautas de comportamiento que les permitan hacer frente a las circunstancias que les rodean y eso exige activar todas las dimensiones de su personalidad si bien con las limitaciones propias de su grado de crecimiento, en la medida en que tiene que ir adquiriendo la capacidad de tratar con situaciones cada vez más complejas en las que es necesario tener en cuenta más variables, y la capacidad también de hacer análisis más sutiles de todas esas variables. Por su parte, los adultos se enfrentan a problemas similares, aunque posean capacidades más elaboradas, y puede haber ocasiones en las que la complejidad de la tarea o su dificultad intrínseca les desborden completamente haciendo imposible una respuesta adecuada, con la consiguiente crisis de identidad moral (desmoralización) que puede desembocar en un claro retroceso, a veces incluso irreversible (suicidio).

Esto implica que podamos hablar de un cierto progreso moral dado que es posible ir adquiriendo un equilibrio más sólido y constante en nuestra forma de actuar, consiguiendo, por ejemplo, que acciones que en un principio nos exigen un gran esfuerzo, posteriormente las realicemos con más facilidad, y de eso hablaban en parte Aristóteles al resaltar la importancia de

los hábitos. Pero es más adecuado, desde la perspectiva que mantengo, hablar de un frágil equilibrio que debe ser reconstruido con cierta frecuencia. En algunas ocasiones son nuestras propias acciones las que provocan cambios en el entorno que exigen de nosotros un conocimiento nuevo y mayor para poder tratar esas modificaciones de manera correcta (es lo que ocurre, por ejemplo, con los desarrollos tecnológicos que plantean problemas éticos de gran calado). En otras ocasiones el equilibrio resulta difícil porque el contexto provoca una reacción en alguna dimensión que no es fácilmente integrable, como sucede cuando el afecto o aversión por alguien o algo pone dificultades a nuestra capacidad de análisis de la situación.

Por último, es un modelo que prescinde completamente de los contenidos morales, al menos en el sentido de que no propone una determinada dimensión de la vida buena, de la felicidad, o del conjunto de virtudes que debe poseer un ser humano¹³. Sin duda alguna, los seres humanos necesitan en todo momento enumerar un conjunto de normas en las que se sintetizan los valores que deben ser atendidos para alcanzar la bondad y la felicidad; algunas de esas normas, presentadas habitualmente como códigos de comportamiento, gozan de cierta universalidad, como puede ser el caso del precepto "no matarás"; otras están más marcadas por el contexto social en el que fueron elaboradas, lo que explica que sean abandonadas cuando cambia dicho contexto. No obstante, dicha enumeración de valores deja todavía intacto el problema de la bondad moral de una persona, pues a esta le queda lo más trabajoso de la vida moral: decidir qué norma se aplica ante un determinado problema (pues puede que entren varias en conflicto, al menos aparente) y en qué medida se aplica dicha norma (pues no siempre hay que aplicarla con el mismo rigor). La educación moral debe centrarse, por tanto, en el desarrollo de las dimensiones de la persona que hacen posible enfrentarse con cierto éxito a esos problemas, más que dedicarse a transmitir uno conjunto de valores. Ahora bien, como dije al principio, la moral (y la ética que la fundamenta) tiene como objetivo alcanzar la felicidad, por lo que los valores estarán presentes de forma permanente en nuestra reflexión y actuación morales porque sin ellos no podremos contestar la pregunta básica: "¿Qué hago yo aquí y ahora?"

Febrero 2000

¹³ Eso no quita el hecho de que mi modelo esté quizá más próximo del aristotélico que de ningún otro, al menos en el sentido en que Nussbaum interpreta la ética aristotélica: "Virtudes no-relativas: un enfoque aristotélico" en NUSBAUM, M. y AMARTYA SEN: *La calidad de vida*. México, FCE (Debo la referencia a mi amigo Diego Antonio Pineda). No resulta complicado reelaborar alguna de las dimensiones que propongo utilizando la terminología de la *Ética a Nicómaco*